

— ✂️ 🦴 LOS SIN MIEDO ✂️ —

LA PUERTA SECRETA DEL MUSEO DEL PRADO

JOSÉ MARÍA PLAZA



edebé

LA PUERTA SECRETA
DEL MUSEO DEL PRADO

LA PUERTA SECRETA
DEL MUSEO DEL PRADO

JOSÉ MARÍA PLAZA

edebé

© del texto, José María Plaza, 2012
© Ilustración de cubierta, Noemí Villamuza, 2012
www.serie lossinmiedo.blogspot.com

Proyecto y dirección: EDEBÉ
© Ed. castellana: edebé, 2012
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

Directora de la colección: Reina Duarte
Diseño: Els Altres
Incluye ilustraciones de una lectora: Eva Niina Nakamura

1.ª edición, octubre 2012

ISBN 978-84-683-0724-4
Depósito Legal: B. 11546-2012
Impreso en España
Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

*A Lorena Moreno Pérez, que leyó mis libros en su niñez
y a los 16 años publicó Las redes del infierno.*

Ya es toda una escritora.

*A Viviana Fernández, que siguió con interés las aventuras de
nuestros cuatro protagonistas y quizás algún día
se anime a escribir también para este público.*

*A Sari Mañas, por la sonrisa en ese arduo trabajo
de diseñar y reordenar los anexos y las ilustraciones.*

*A Pilar Pont, por las pizzas y por abrirme las puertas
a otros escenarios y locos cuentos.*

*A Manu, Antonio, Luis, Darío, Lucas, Luis y Rafa mis amigos
de Cultura de El Mundo y Conocer el Arte.*

*A Eva Niina Nakamura, por su recreación
plástica del personaje de Cristina.*

Índice

1. Se repite la historia	9
2. Falso, falso, falso	20
3. David y sus «guardaespaldas»	27
4. Una arriesgada proposición	38
5. Los primeros sospechosos	49
6. Los <i>Top Ten Ten</i>	61
7. Las escaleras	70
8. Dos contra el director	82
9. Un plan fallido	92
10. Noche en el interior del museo	103
11. Un recorrido embrujado	115
12. Enanos, bufones y ¡ogh!	128
13. Los monstruos de la razón	137
14. Mensaje descifrado	149
15. El arcón del ático	161
16. Vigilando a los vigilantes	177

17. Alucinantes explicaciones	191
18. Dos pistas muy desiguales	203
19. Entre pasadizos	214
20. Bajo tierra, tierra	227
21. Entre el pozo y el almacén	238
22. La hora de la verdad	250
Epílogo	263

Anexos:

<i>Las Meninas</i> y Velázquez en siete pinceladas	281
Los 22 del Prado	285
A todos vosotros	297



1. Se repite la historia

Era la segunda vez que visitábamos el Museo del Prado con el colegio. Y esta vez también resultó un desastre.

La primera fue hace cuatro años, pero apenas nos enteramos: entonces éramos pequeños, había demasiados cuadros en demasiadas paredes y todos nos parecían iguales. El profesor se desesperaba intentando explicarnos la grandeza de aquellas pinturas que no nos interesaban. La única grandeza que veíamos era el tamaño de los marcos.

Ya dije que éramos pequeños.

A la media hora de estar aburridos, David, Belén y yo nos escapamos del grupo, nos perdimos entre aquellas salas tan repetidas. En aquel tiempo, Cristina todavía no formaba parte de nuestra pandilla; era solo una compa-

ñera más de clase y la mejor alumna. Por eso estaba muy cerca del profesor, escuchando atentamente todo lo que decía.

Nosotros, en cambio, ya nos habíamos alejado del grupo. Y como se nos unieron dos compañeros más, decidimos jugar al escondite en aquel lugar que era como un laberinto.

—¡Esto es fenómeno! —dijo David, mi mejor amigo, que es de por sí entusiasta, y se entusiasmó más al saber que tenía que esconderse—. ¡Aquí no me vais a encontrar en la vida!

Yo no estaba tan contento. Lo habíamos echado a suertes y me había tocado buscar. Buscar a los demás.

—No vale irse a otros pisos. ¡Eh! Este lugar es muy grande.

Empecé a contar hasta cincuenta delante de una pared en la que había dos cuadros de Adán y Eva desnudos. Me fijé en ellos mientras contaba mentalmente, al tiempo que intentaba pensar por qué lado buscarlos. No era fácil: todas las salas se comunicaban entre sí y tenían, al menos, dos salidas, por lo que podían escaparse fácilmente en cuanto me sintieran llegar.

—¡Esto va a ser complicado! —me dije, y luego grité, algo bajito—: ¡Allá voy!

Salí por la puerta de mi derecha, ya que por la otra iba directo hacia nuestro grupo de clase; crucé varias salas, y al llegar a la espaciosa galería central, me detuve, confundido. A sus lados habría como ocho o diez entradas. ¿Por dónde empezar?

Me quedé paseando por aquella galería en forma de rectángulo, ajeno a los cuadros de las paredes, al tiempo que miraba atentamente hacia la lejanía por si alguno de mis compañeros asomaba la cabeza. Debía de tener un cara lastimosa, ya que una vigilante del museo se me acercó, casi preocupada.

—¿Te has perdido, hijo?

—No, ¿por qué?

—Te he estado observando —y en voz baja, suspiró— : ¡es mi trabajo, observar a los visitantes! Y me he dado cuenta de que desde que estás en esta sala no has mirado ningún cuadro, y a un museo se viene a...

—Sí, ya lo sé, a mirar cuadros —la interrumpí—, y eso es lo que estoy haciendo, pero es que, como hay tantos, no miro uno a uno, sino todos en general.

—¿Todos en general? —dijo en voz alta, como si necesitara escucharlo para creerlo; luego, se fue hacia su silla, murmurando—: ¡Veinte años entre estas paredes y nunca se me había ocurrido mirarlos así!

En realidad yo no miraba los cuadros: intentaba detectar algo fuera de lo habitual que me indicase que por allí merodeaban mis amigos, pero no se notaba nada. La gente miraba y comentaba entre sí. Todo era normal. ¡Demasiado normal!

Hasta que aquel silencio recogido se quebró.

De pronto, todos oímos un estruendo, que se propagó en el aire; algo así como *clack*, *cloc*, *cla*, *cataplaff* y etcétera, que procedía de una de las salas del fondo. Los que estaban muy de cara a la pared giraron la cabeza sin moverse, al tiempo que los vigilantes corrieron hacia aquel lugar. También apareció nuestro profesor por el fondo del pasillo, seguido del resto de mis compañeros.

Inmediatamente corrí hacia ellos para unirme al grupo.

Cuando llegamos, descubrimos a David al lado de una estatua tumbada en el suelo. Era el doble de grande que él y se le acababa de caer.

—Yo solo me apoyé un poco, un poco y... —no sabía

cómo seguir, así que atajó—: ¡Es que estas estatuas antiguas no aguantan nada!

—¿Se puede saber qué estaba haciendo ahí? —le preguntó el profesor.

Normalmente David sabe salir airoso de las situaciones comprometidas y sus respuestas, muy inesperadas, suelen dejar descolocado a cualquiera. Esta vez se limitó a contar la verdad sin más.

—Es que estábamos jugando al escondite y...

—¿Quéééééé? —le gritó el profesor.

Los vigilantes también querían preguntarle lo mismo, pero no dijeron nada. No era el momento. Como si tuvieran un radar, todos ellos miraron hacia atrás: se acercaba el director del museo con cara de muy pocos amigos, y lo primero que oyó fue la respuesta de David, que repetía:

—Estábamos jugando al escondite y...

—Eso ya lo sé —le volvió a interrumpir el profesor—, pero lo que quiero saber es por qué estaba jugando en un museo y por qué se le ocurrió meterse ahí.

Y señaló la estatua que seguía desparramada por el suelo.

—Es que no iba a esconderme detrás de un cuadro para

que no me encontrasen —se justificó David—. Vi la estatua y me pareció un buen lugar; así que me subí a esa piedra...

—Al pedestal de mármol de Carrara del siglo XVIII —le corrigió el director del museo, que no se podía creer lo que estaba sucediendo, pero seguía muy atento las explicaciones de mi amigo.

—Sí, a eso, al *pedrestal* y... —mirando la estatua en el suelo, continuó—: no sé por qué se ha caído. Parecía muy sólida —y le dio un golpecito, como si lo comprobara—. ¡Puro hierro...! Pero ya veo que...

La improvisada charla continuó así durante un buen rato, mientras aumentaba el grupo de curiosos alrededor de David, que se había convertido, a su pesar, en el centro de las miradas de los visitantes. Ni siquiera *Las Meninas*, el más famoso cuadro de Velázquez, despertaba tanto interés.

El caso es que aquella visita al Museo del Prado acabó precipitadamente, y desde entonces ningún profesor de nuestro colegio quiso llevar a sus alumnos a conocer las maravillas de la pintura. Creo que se sentían avergonzados.

Este curso, sin embargo, llegó una profesora nueva que

venció las reticencias del director y decidió que teníamos que visitar «el museo del mundo». Era una ocasión que no podíamos desperdiciar.

La profesora le aseguró al director que no sucedería nada y prometió que no nos perdería de vista en ningún momento. Sobre todo, a David, a Belén y a mí, que éramos los que nos habíamos ido a jugar al escondite cuando éramos pequeños.

Antes de salir del colegio nos quiso dejar bien claras sus intenciones.

—Ya lo saben bien —nos advirtió, fijándose en mi amigo—, no quiero que se me despisten ni un segundo, y recuerden que durante toda la visita les estaré vigilando muy atentamente.

David se quejó.

—No vale, eso es estar en libertad vigilada, como los ladrones a los que dejan salir un rato a la calle.

—¿Libertad vigilada? —repitió la profesora, que estuvo a punto de reírse, pero rápidamente cambió el gesto, y muy seria, añadió—: ¿Acaso prefiere quedarse estudiando en clase?

—Oh, no, no —se apresuró a contestar—. ¡Qué va! ¡Me